

Emilio Peral Vega
Marta Olivas Fuentes (eds.)

Cultura y Guerra Civil

Formas de propaganda dentro y fuera de España

**escolar
y mayo**
EDITORES

Rescaldos del «infierno rojo»: memorias de huidos del Madrid republicano, 1937-1940

Fernando Durán López

Universidad de Cádiz

Era en aquel Madrid de hace dos años
donde mandaban Prieto y don Lenin.
Era en aquel Madrid de la cochambre,
de Largo Caballero y de Negrín.
Era en aquel Madrid de milicianos,
de hoces y de martillos, y soviet.
Era en aquel Madrid de puño en alto,
donde gritaban ¡no pasarán!¹

1. La era de la memoria

En un conocido artículo dedicado a las *Memorias* de Manuel Godoy², Larra constataba con sorna en 1836 uno de los síntomas del advenimiento de un régimen social basado en la opinión pública y en la democratización de la sociedad, la avalancha de testimonios personales sobre acontecimientos colectivos:

todo el que no ha tenido otro oficio, todo el que se ha creído con ojos para ver, con oídos para oír, todo el que se ha figurado tener las cualidades de

¹ Del chotis ¡*Ya hemos pasao!*!, letra de Manuel Talavera y música de Francisco Cotarelo, grabado por Celia Gámez en San Sebastián al final de la Guerra Civil. Es un ejemplo imperecedero del odio y revanchismo que mueve la propaganda, y de lo que significaba el Madrid «rojo» para la imaginiería del bando «nacional».

² «Memorias originales del Príncipe de la Paz», *El Español* (Madrid), 22 y 24-9-1836.

testigo (cualidades más difíciles de poseer de lo que parece para no ser testigo a la manera de las paredes, dentro de las cuales pasan los acontecimientos) [...] ha asido de una pluma [...]. De aquí este torrente sin diques de memorias de la contemporánea, del contemporáneo, del ayuda de cámara, del médico, del barbero, del portero, de la mujer, del padre, del hijo, del hermano, del sobrino, y de los amigos y de los enemigos del hombre que ha hecho [...]. Voces por un lado con una relación, voces por otro con la contraria: multitud de folletos y memorias, supuestos materiales para la historia y, en realidad, verdaderos albañales que corren hacia un río para perderse en él, ensuciándole y entabando su curso; y solo por azar algún limpio manantial que le tributa su pura y cristalina corriente.

Empezaba por entonces lo que bien podemos denominar la era del testimonio, o la era de la memoria, el momento en que hemos empezado a creer que la memoria subjetiva no solo poseía un valor colectivo, sino que incluso otorgaba legitimidad como elemento fundante de políticas públicas. Comenzaba lo que en este siglo XXI está llegando a un peligroso extremo, una sacralización de la memoria –confundida aposta con la historia, a la que en realidad pretende sustituir, pues es lo contrario de ella–, que amenaza con una invasión de la subjetividad sobre el espacio de lo público, que se suponía común, racional y objetivo, y que cada vez lo es menos. La era de la memoria no dejaba también de ser, si lo vemos con el sentido crítico con que lo había visto Larra, la era de la confusión y el ruido. Los miles de libros testimoniales y pseudotestimoniales que ha producido la contienda de 1936 desde el 18 de julio hasta hoy son buena muestra de esa valorización de la experiencia individual como sedicente evidencia de la que, por un razonamiento inductivo, concluir la maldad del enemigo y la propia inocencia. Porque la edad de la memoria es asimismo la edad del victimismo.

En este trabajo trazo un panorama general, en absoluto exhaustivo, de un grupo específico de esos testimonios victimistas sobre la Guerra Civil: los libros escritos por personas del bando «nacional» atrapadas en el Madrid «rojo»³. Mi propósito es presentar una descripción y somera clasificación

³ Valga la pena recordar que lo ocurrido en la capital es solo una parcela, la más simbólica, del desgarramiento del territorio español. Con diferentes circunstancias, la experiencia del preso, el fugitivo, el quintacolumnista, el refugiado... se da en otras ciudades que también generaron sus propias olas en este océano de propaganda a que dio lugar la

del material y sus características, sin ahondar demasiado en cada obra y ofreciendo solo un análisis previo de algunos aspectos interpretativos que creo interesantes, pero que son solo esbozos de un estudio que queda por hacer. Por idéntico motivo, prescindo de bibliografía secundaria, que en lo genérico es muy abundante y en lo concreto muy escasa, porque lo que pretendo es constituir un repertorio textual en que las obras hablen por sí mismas.

Me interesa sobre todo la dimensión propagandística, no tanto el aspecto testimonial, y por eso me centro en lo publicado entre 1937-1940, es decir, desde que empiezan a llegar los fugitivos a zona segura para ellos y a dar cuenta de lo que han vivido, hasta el año y medio siguiente al conflicto, cuando el ciclo de la propaganda de guerra –no la propaganda política del régimen, desde luego– va llegando a su fin. En la escritura autobiográfica, y más en la que pende de traumas colectivos, la cercanía o lejanía a los hechos es un factor fundamental que afecta a la escritura, la recepción, las finalidades, los contenidos y, desde luego, a la memoria misma, siempre traicionera, selectiva y tendenciosa. Sobre la experiencia de la guerra en Madrid abundan memorias y testimonios esparcidos por las décadas siguientes, pero pertenecen a otra forma de recordar y lo hacen con otras intenciones.

He reunido un corpus provisional –no creo que agote todo el material posible– de diecinueve obras publicadas durante la guerra por otros tantos autores, algunos encubiertos por seudónimos. A estas he sumado otras dieciséis obras, de once autores, aparecidas con la guerra ya concluida, entre 1939 y 1940. Me ciño a narraciones autobiográficas, es decir, relatos en primera persona que siguen el punto de vista y la experiencia subjetiva de un individuo real, aunque los testimonios impresos disponibles tienen un abanico genérico mucho más amplio y variado. Salvo alguna que otra excepción que se irá comentando, dejo de lado producciones literarias del cautiverio que pertenecen a otros géneros, como por ejemplo el libro de poesías de Pilar Millán-Astray (1940), por no hablar de la muy abundante cosecha de novelas, con mucho el aspecto más tratado en los estudios actuales. He manejado otras obras donde el carácter autobiográfico está tan difuminado que no alcanza un nivel significativo, algo habitual en esta clase de testimonios, y no escondo que algunos de los incluidos presentan

Guerra Civil. También hay testimonios de republicanos que hablan del «infierno fascista», pero en menor cuantía.

problemas de definición genérica, en particular en las fronteras con la novela, pero insisto en que mi foco se ciñe a la escritura autobiográfica y otros géneros han de estudiarse bajo otros parámetros.

2. Resucitados del infierno

Cuando la guerra estalló en el verano del 36, el país quedó escindido en dos zonas y, en consecuencia, puesto que los bandos se distribuían de forma homogénea por el territorio, un enorme número de españoles quedó atrapado en zonas controladas por sus adversarios. Ese fue el comienzo de una serie incontable de desplazamientos, asesinatos, detenciones, fugas, clandestinidades, que tuvieron lugar en ambos lados de manera cambiante según los momentos, y de manera más planificada o más irregular según el grado de orden o desorden que iba experimentando cada escenario. El caso de Madrid fue particularmente traumático, por ser la capital y el núcleo más poblado, por concentrar a una porción mucho mayor y cualificada de las élites, y por haber sido la posesión más disputada por ambos bandos. Madrid se convirtió en símbolo y en ciudad mártir. El frente de batalla estuvo en sus límites desde el primer momento con el reparto de armas a partidos y sindicatos el 19 de julio y los combates en el Cuartel de la Montaña, la batalla de Guadarrama en julio-agosto del 36, los bombardeos aéreos desde agosto y la entrada de los «nacionales» hasta la Ciudad Universitaria en noviembre, con la estabilización del frente a finales de ese mes, periodo en que también se producen la evacuación de la Cárcel Modelo y las mayores «sacas» y fusilamientos masivos de presos.

Todo eso hizo que el control estuviese en manos de milicias y organizaciones revolucionarias solo parcialmente sujetas a las autoridades constituidas, sobre todo desde que el gobierno se trasladó a Valencia en noviembre del 36. Así pues, Madrid se convirtió en un lugar dramáticamente hostil para las clases medias y altas, los católicos y los derechistas de toda tendencia, que padecieron los efectos acumulados de una guerra, una revolución y una anarquía. Una gran cantidad quedaron encapsulados dentro de la ciudad más descontrolada y peligrosa del menguante territorio de una república que también menguaba en los demás atributos constitucionales de un Estado de derecho. Durante muchos meses vivieron encerrados en sus casas, presos en centros de detención regulares e irregulares, a pique de ser fusilados en paseos o sacas, o bien refugiados en viviendas con inmunidad

diplomática. A la represión puramente revolucionaria se unía la lógica necesidad de neutralizar a colaboracionistas o sabotadores de la retaguardia, la famosa quinta columna, que en la histeria bélica operaría como coartada universal para cualquier medida punitiva, pero que suponía un peligro real en un contexto de guerra. Desde principios de 1937 hubo evacuaciones sucesivas de los refugiados en las embajadas, pactadas con el gobierno; la mayor parte fueron conducidos con más o menos sobresaltos a Barcelona, Valencia y Alicante, donde varios barcos los trasladaban a Francia. En esos grupos estuvieron casi todos los que de inmediato se pondrían a publicar sus testimonios, aunque hubo otras rutas de evacuación y quedaron asilados en Madrid hasta el final de la guerra.

Mientras tanto, en la retaguardia «nacional», que tras la brutal represión y limpieza ideológica del comienzo de la guerra permaneció en relativa estabilidad, proliferaron publicaciones sobre lo que acontecía en Madrid y otras ciudades. En dicha retaguardia se solía denominar a quienes llegaban de la zona republicana «resucitados», porque habían sido dados por muertos, pero un buen día aparecían en Burgos o cualquier otro lugar, con aire de espectros salidos del infierno, o así se presentan ellos. A veces había un velo de sospecha y un reproche silencioso por haber sobrevivido y por el modo como pudieron conseguirlo. Como es lógico, solo escriben testimonios quienes sobreviven, por eso sus memorias de «resucitados» tienen un sesgo particular, el de pretender representar una tragedia colectiva que ellos, en realidad, desmienten parcialmente. Ese es el único elemento autojustificativo perceptible en alguna medida en estos libros, a veces explícito, casi siempre implícito. Escribir sus historias es una forma de volver a la vida, de reintegrarse en la España «nacional», disipar dudas sobre sus conductas y contribuir a la victoria.

Las obras analizadas se imprimieron en ciudades «nacionales», entre las que destaca Ávila, donde se publicaron cinco, con particular protagonismo para la Imprenta Católica Sigirano Díaz, que tiró tres. Siguen Zaragoza (3), Burgos (2), Salamanca (1), Melilla (1), Cádiz (1), Valladolid (1), Segovia (1) y San Sebastián (1). Madrid se suma tras el final de la guerra, y salieron de allí trece libros (siete en la misma serie de «El caballero audaz»). Además hubo un grupo significativo en el extranjero: Buenos Aires (3), Santiago de Chile (1), Roma (1), París (1). A eso hay que sumar todas las otras obras testimoniales presentadas en la prensa, que no he

considerado. Así que en 1937, cuando escribe Jacinto Miquelarena su primer libro sobre la guerra, ya tiene claro que hay una proliferación: «Yo sé que en estos momentos son varios los libros que se escriben sobre el Terror en Madrid por gentes perseguidas que han logrado salvarse o que se salvarán seguramente» (1937: 18). Para 1938 existe una conciencia de saturación testimonial, porque cuando Teodoro Cuesta le dice a fray Justo Pérez de Urgel, en una conversación que este reproduce en un prólogo, que tenía escrito un libro sobre sus padecimientos, el prologuista le advierte: «Usted sabe que son ya numerosos los que han aparecido para informarnos de la vida del Madrid rojo». A lo que el autor repone: «Sí, conozco uno de un poeta, otro de un novelista, otro de un marino, otro de una mujer, otro de un oficial del Cuartel de la Montaña. ¿Por qué no podría presentar ahora su testimonio un sacerdote?» (Cuesta, 1938: 6).

Pero lo cierto, aunque no lo digan, es que esta clase de testimonios nunca valen ni interesan como muestras del individuo, sino de la especie. La repetición sucesiva de peripecias muy similares no implica pérdida de valor, sino que refuerza el relato y su ejemplaridad; es la acumulación de testimonios concordantes la que actúa como prueba de convicción. Y tampoco olvidemos que la reiteración monocorde de un mensaje es uno de los procedimientos básicos de toda propaganda.

3. Memorialismo y propaganda

A partir de una clasificación original del historiador Miguel Artola, es común distinguir dos modos de memorialismo en el XIX, aunque se pueden aplicar a cualquier época: memorias testimoniales y memorias justificativas, es decir, las que pretenden dar cuenta de lo vivido por el autor y las que el autor escribe para justificar su conducta y defenderse de acusaciones. Aunque a menudo esta clase de escritos participan de ambas dimensiones, en general construyen estructuras narrativas y argumentativas diferenciadas. Las memorias que estudio corresponderían al grupo de las testimoniales, y solo en una proporción pequeña participan de móviles justificativos. Pero sin embargo se trata de un testimonialismo bastante diferente al habitual: no se trata de memorias escritas con una perspectiva temporal amplia, que recupera experiencias del pasado y trata de transmitir una visión completa de una vida y una época a lectores que en su mayor parte no la han conocido. Al contrario, estas memorias testimoniales comparten tres características

esenciales de las justificativas: se centran en periodos y sucesos muy concretos, se escriben en fechas muy cercanas a lo que cuentan y adoptan una perspectiva militante –sectaria incluso– dentro de su proceso histórico. Dicho en pocas palabras, son memorias propagandísticas, lo que añade otra dimensión al testimonio y la justificación.

El esquema propagandístico abraza toda la publicación. Un elemento central de la propaganda es crear un lenguaje propio que determine la visión de la realidad. Cuando los autores declaran su condición de testigos e invocan la fuerza de un testimonio vivido, visto y oído, lo hacen paradójicamente con un lenguaje estereotipado y maniqueo intrínsecamente impersonal, que responde a un código de adoctrinamiento colectivo. Los títulos articulan una estridencia que llama la atención como un golpe de clarín en la oreja, designando su espacio topográfico y temático con términos sobrecogedores: *Madrid en tinieblas*, *Madrid en sangre*, *Horror*, *Madrid rojo*, *Dominio rojo*, *Madrid bajo el «Terror»*, *Agonía de Madrid*, *Terror rojo en Madrid*, *Con los rojos en Madrid*, *España roja*, *Madrid rojo*, *Tragedia española*, *El otro mundo*, *Madrid bajo las hordas*, *El Soviet*, *Ciudad inmolada*, *Madrid bajo el marxismo*, *Infierno rojo*, *Retaguardia roja*, *Madrid rojo*, *Infierno*, *Cárceles rojas...* Los prólogos, las dedicatorias (muchas a Franco), los lemas y consignas al principio o al final de los volúmenes..., todo el testimonio queda encuadrado en ese código de combate. Capítulo aparte habría que dedicar a las imágenes de las cubiertas, sumamente elocuentes, verdaderos carteles propagandísticos.

De hecho, el carácter militante y persuasivo no se disimula, sino que se proclama con absoluta naturalidad, propia de un momento en que nadie tiene pudor en declarar a las claras aquello que años y décadas después será cuidadosamente maquillado. Ese es otro de los valores añadidos de estos textos de la primera hora, lejos de operaciones posteriores de reescritura. Así, el prólogo de José María Pemán al libro de «Marola» Spencer fija bien la función propagandística:

Mejor que todas las disquisiciones doctrinales contra el comunismo y contra el Soviet, sirven para impresionar plásticamente los ánimos y encenderlos en un santo horror a la Bestia, estos relatos simples y trágicos, donde la refutación del marxismo no es cifra, dato ni argumento, sino cuadro estremecido y anécdota desgarradora (1938: 7).

En la misma idea abunda Felipe Sassone en otro prólogo, al libro de Simón Núñez Maturana, donde destaca la falta de estilo literario del autor, su espontaneidad de testigo directo, sin abalorios estéticos:

Libros claros, expositivos, de realidades concretas, son los que mejor sirven a esta santísima causa de la guerra española: la filosofía admirable de algunos pensadores no llega a la masa, que entiende mejor a los que le hablan de sus derechos, que a los que le recuerdan sus deberes [...]. Por eso, donde la inteligencia se durmió, ebria del mal vino de la envidia rencorosa, más, a veces que todas las razones, puede la exposición concreta de los crímenes que han cometido los que solo se alumbraron de claridad luciferina, porque el horror que habla a los sentidos pudiera al fin despertar los sentimientos eternos de la solidaridad y de la piedad humana (Núñez Maturana, 1938: s. p.).

El prologuista concluye agradeciendo al cielo el providencial envío de esta guerra, que ha vuelto a conseguir que los católicos sean militantes en vez de indiferentes. Otro prólogo, el de fray Justo Pérez de Urbel al libro de Teodoro Cuesta, insiste en que, pese a la repugnancia a oír tantos horrores, se impone la necesidad de hacerlo:

Pues, sí, señor; es preciso contarlo. Que lo sepa todo el mundo; que se repita en todas las plazas y todos los pueblos. Porque los españoles somos muy olvidadizos, y esto es preciso no olvidarlo jamás.

—Vosotros, los que resucitáis, los que salen del otro lado después de haber perdido toda esperanza de salir, son los que deben hablar para poner en las almas un santo temor y en las voluntades un principio de escarmiento; para iluminar a los que tienen que dirigir, y espolear a los que tienen que obedecer: y los que no quieran creeros o rehúsen escucharos, que se vayan al infierno de donde vosotros venís, el único lugar digno de ellos (Cuesta, 1938: 6).

Es asimismo ilustrativo este fragmento, donde Arturo Cuadrado con franqueza establece los objetivos de su testimonio:

Escribo sin pasión. Escribo para los remisos e indiferentes, que no creen los crímenes y desafueros de las hordas de Moscú. Escribo para los em-

boscados a quienes falta valor para dar el salto de audacia hacia la zona roja, donde se hallan sus siniestros amigos. Escribo, principalmente, para mis amigos: para los que probaron como yo en carne propia el látigo ace-
rado del desprecio, del vilipendio, del terror y la amenaza incesante; para los que cayeron víctimas de la pistola ametralladora en los bordes de las carreteras, en los tupidos pinares, en las calles de Madrid, en las lúgubres checas o en los gloriosos frentes de batalla; mártires todos de la más noble causa, que en veinte siglos haya defendido nuestra raza hispana; para los que sobrevivan a la tragedia finalmente; para los que han consagrado su vida al porvenir de España, agrupándose en apiñado haz en torno al augusto Caudillo y sus paladines, para que, de una vez por siempre, impere la justicia social en nuestra Patria, única que extingue la lucha de clases, fuente de riqueza, germen fecundo de risueño bienestar, sostén del orden, sembradora de paz, levadura del bien, inspiradora de los más nobles ideales (1938: s. p.).

Y no hay que olvidar otro objeto declarado a menudo: la acción exterior para suscitar el apoyo internacional a los sublevados. Luis de Fonteriz asegura que su finalidad es advertir al mundo:

Al decidirme a escribir este libro, no lo hago con fines políticos; jamás he militado en partido alguno y solo me mueve a ello el deseo de que la relación escueta de los hechos por mí presenciados y sufridos sirvan al mundo que no las padeció por su suerte, para tenerlos en cuenta y saber a lo que están expuestos; y a los que hemos pasado por ello, recapacitar a qué extremos nos puede llevar el no unirnos para rectificar errores pasados y en los que todos, todos los españoles hemos incurrido; unos por acción y otros por omisión de deberes ineludibles (1937: 6).

Pero nada mejor que añadir una cita más de Adelardo Fernández Arias, quien en su característico estilo desquiciado, afirma escribir su libro en homenaje a las víctimas del «terror rojo» (ese es un tópico repetidísimo) y también con una finalidad propagandística:

ofrezco [estas impresiones] a la consideración de los países que ¡todavía! no han sentido el fuego del hierro terrorífico que «al rojo vivo» aplica

Rusia, como estigma infamante, a los pueblos donde se cultiva la mal llamada Democracia, y van cediendo, poco a poco e insensiblemente, a las presiones de Moscú, *que se infiltra*, al principio, de una manera sutil, y luego *oprime*, sin careta y con cinismo cruel. ¡Que todas las Naciones que deseen la Paz y el Orden, vean en este libro «vivido» el cuadro desolador de una capital europea aterrorizada por las hordas marxistas, y saquen de estas páginas lógicas consecuencias de defensa natural contra esa invasión «roja» que, desde Rusia, se organiza con método progresivo, para que se contamine, de teorías disolventes, todo el Mundo civilizado! (1937: 24).

El infundado optimismo sobre que su voz fuera oída en todas las naciones es un alarde del ego sobredimensionado del «Duende de la Colegiata», pero focaliza el objetivo de su testimonio como esfuerzo de guerra. Sin embargo, tiene mucho mayor interés otro mensaje que el autor remacha enfáticamente (todo en Fernández Arias es énfasis, y casi siempre nada más que énfasis) en el epílogo titulado «¡No olvides!», en que insiste en que el Terror Rojo continúa en Madrid y en que «al hablar de 'Perdón' y 'Olvido' y 'Piedad', secundáis un plan 'rojo', exaltado ante el fracaso de su 'Terror'» (1937: 263). El objetivo movilizador es evidente: el miedo ante la barbarie comunista ha de mantener viva la guerra total y para ello hay que buscar la destrucción del enemigo frente a cualquier tentación apaciguadora o conciliadora. Porque la diferencia entre la propaganda de guerra y la de un régimen ya establecido suele ser que la primera moviliza y la segunda apacigua.

4. Días en otro Madrid

Una notable característica de estos libros es su intensa fijación del tiempo y el espacio. La ciudad y los días son protagonistas destacados de una topografía y una cronología del horror. Aunque algunas obras son imprecisas y vagas, son más las que especifican con detalle las calles, los edificios, los lugares exactos conocidos por todos, donde transcurren los hechos. Madrid es un personaje mayor. Y en cuanto al tiempo, muchos testimonios dicen basarse en diarios previos y la minuciosa anotación de meses, días y horas es parte del reclamo de verosimilitud que exigen a sus lectores. No hay más que ver los propios títulos: hasta una decena de ellos especifican el tiempo exacto pasado por el autor en el Madrid republicano.

En lo que hace a la topografía urbana, el contraste entre el Madrid de antes y el de la guerra es un procedimiento básico en el esquema propagandístico. Es el proceso que noveló Agustín de Foxá con célebre destreza en su novela *Madrid, de corte a checa*⁴. Cuadrado lo explica de este modo:

salíamos animosos de nuevo por ese Madrid que perdió su clasicismo y su alegría; por ese Madrid, antes de manolas y chisperos, hoy de milicianas sombrías y milicianos astrosos; por ese Madrid orgullo de ciudad moderna de refinados gustos, hoy populacho grande de grosero aspecto, manchado con tanta sangre fratricida (Cuadrado, 1938: 124).

Para Leopoldo Huidobro la metamorfosis de Madrid ocurrió el mismo 19 de julio de 1936. La calle y la gente habían cambiado de un día para otro:

Cuando me levanté al día siguiente, domingo 19, ya tenían las calles de Madrid ese aspecto extraño de terror y de peligro, de nervosidad y de zozobra, esa fisonomía peculiar e inconfundible de malestar y desasosiego, que con mayor o menor virulencia ha conservado tanto tiempo la desgraciada capital de España [...].

Malhechores que apuntan a los transeúntes con sus fusiles y trabucos, comitivas siniestras con el puño en alto, integradas por asesinos y mujerzuelas, hombres patibularios, que pistola en mano exigen la documentación a la vuelta de una esquina; todo ese ambiente asqueroso y plebeyo, anárquico e insolente, que todos los vecinos de Madrid estamos hartos de respirar (Huidobro, 1939: 11-12).

Cuando pudo salir de la checa y paseó por las calles de Madrid, rememora su impresión:

⁴ En una línea de propaganda desaforada que se centra en la transformación y destrucción de Madrid es difícil superar el libro del fotógrafo «Córcega» (1939): además de las fotos, que van acompañadas de comentarios insultantes y que se centran en la ruina, el desorden y los símbolos de la presencia rusa, hay un extenso aparato textual glosando la vida del Madrid de siempre y su presente destrucción. En el libro se habla de Madrid aún como ciudad ocupada.

Atravesamos la Puerta del Sol, que estaba destrozada. Todo Madrid presentaba un aspecto extraño, inédito para mí. No me recordaba nada al Madrid donde yo había vivido tantos años. Gentes con trajes absurdos, mucho miliciano de tipo extranjero, y mucha mujer de aspecto de criada de servicio. Era el Madrid plebeyo, el Madrid pestilente de letrina, de Frente Popular (179).

Manuel Dorda salió de la cárcel el 30-12-1936 y cuenta así lo que vio, tras dos meses de encierro:

el espectáculo de Madrid, de nuestro querido Madrid, hoy [...] no puede ser más deplorable. Gentes desaharrapadas; milicianos de uniformes heterogéneos, con predominio el ruso; caras famélicas o feroces; gestos de odio o de desdén. Y todo el paisaje acorde con ello. Montones de basura, que hace meses no se recoge, por doquier. Casas con grandes averías; cristales rotos a granel. Ropa (más bien harapos) tendida en casi todos los balcones o en cuerdas atadas de árbol a árbol en los mejores paseos; puestos tendidos sobre el suelo, donde se exhibe para la venta toda clase de objetos [...]. Vocerío lleno de palabras tajantes; blasfemias, insultos, tristeza en el semblante y en los corazones. Mejor es, indudablemente, pasar sobre estas calles en estado de inconsciencia (Dorda, 1937: 55-56).

Agustín de Figueroa, siempre más suave y emocional en su lenguaje, también observó el cambio de su mundo a fines de 1936:

En la calle, los árboles desnudos me dan la medida del tiempo transcurrido desde mi detención. ¿Es Madrid, mi Madrid, esta lúgubre ciudad, en la que me siento más extraño que en parte alguna del mundo?

Tengo la impresión de un trágico carnaval. Nadie va vestido normalmente. Una mujer desgrefñada, en alpargatas, pasa, envuelta en suntuoso abrigo de piel, producto de los saqueos. Ropa tendida en las calles más céntricas. Largas colas. En todos los edificios, banderas comunistas. Madrid está manchado de rojo; Madrid está manchado de sangre (Figueroa, 1939: 86-87).

Esta amargura por la destrucción del Madrid que conocieron no es mera constatación de hechos vividos. Si interpretamos en un plano más

profundo, se dramatiza una constante del pensamiento reaccionario, sobre todo el de raíz católica: la expulsión del Paraíso y la culpa del pecado original. Esta pesimista visión de la humanidad siempre ha presentado la historia como una progresiva degradación del hombre y de la sociedad, como en un eterno mito de las edades, en que se transita una y otra vez del oro al barro. Aplicando este marco antropológico a la microhistoria de cada país y cada persona, desde que en el XVIII se inició el ciclo de las revoluciones, los reaccionarios las han vivido como una pérdida del Paraíso, han mitificado la sociedad previa a la revolución, han ignorado sus contradicciones e injusticias y la han mostrado como un universo armónico y placentero, destruido por la siniestra conjura de las fuerzas del mal. Para el pensamiento reaccionario, la Utopía está en el pasado, es un Edén perdido. En cambio, el pensamiento revolucionario practica el mito de la Tierra Prometida, proyecta la Utopía hacia el futuro y vive la destrucción de lo que consideran el pasado –en realidad el presente– como una necesaria travesía del desierto. Por eso quienes militan bajo esas banderas ignoran las contradicciones e injusticias del aquí y el ahora. De ahí resultan también dos esquemas narrativos enfrentados.

Pero aquí analizo solo una de las epifanías de este mito conservador, en este caso un Madrid «de manolas y chisperos», como decía la cita de Cuadrado con que he abierto este apartado, con una expresión algo frívola y no precisamente afortunada para los hechos tan trágicos que pretendía denunciar, pues como suele ocurrir en estas visiones beatíficas y nostálgicas, parece creer que el Madrid de Ramón de la Cruz, de *La Verbena de la Paloma* o de Carlos Arniches existió realmente. Pero ahí está otra vez la utilidad propagandística de estos relatos de destrucción urbana: se basan en el miedo, pues lo que los españoles «de orden» en la España controlada por los sublevados, o los extranjeros, tienen que leer en esas páginas es la perspectiva de ver sus ciudades y sus vidas expulsadas también de sus paraísos particulares.

En idéntica línea abunda otra de las transformaciones más relatadas: el vuelco de las jerarquías sociales. Tradicionalmente el discurso derechista condenaba al marxismo y al movimiento obrero por fomentar la lucha de clases y postulaba un orden social donde todos los sectores estuviesen en armonía jerarquizada. Al margen de los matices de ese discurso interesadamente idealizado, resulta curioso que en el plano de la propaganda gran

parte del argumento denigratorio para de explotar una indisimulada lucha de clases. Los autores son burgueses en su mayoría y varios proceden de la élite de la política y el aparato del Estado. Casi todos al unísono agitan el sentimiento de clase para excitar en sus lectores el miedo a una revolución de sus criados, sus chóferes, sus porteros, sus carboneros...

Entre los actos inconfesables y hasta dignos de una curiosidad irónica sin malignidad, por su pintoresquismo, figura el de la carnavalada a que se entregaron los milicianos madrileños, tras el saqueo de las viviendas ajenas. Mi portero, pongo por caso, disfrazábase con un kimono que había encontrado en un armario de casa y asomándose a una ventana daba «charlas» a los vecinos. Luego, para celebrar su triunfo, buscaba en mi exigua pero no desdeñable bodega, y se emborrachaba como si fuese con peleón, con vinos generosos. Verdad es que al mismo tiempo en otro cuarto una miliciana vertía sobre sus greñas y su mono los frascos de perfumes, hasta embriagarse también (Foronda, 1937: 5-6, pról. de F. García Sanchiz).

Y aunque no voy a abundar en ello, cabe destacar el espacio otorgado en ese nuevo Madrid revolucionado y «soviético» a las mujeres, a las milicianas y demás partidarias de las organizaciones de izquierda. El machismo indisimulado con que los autores se recrean en pintar a unas mujerzuelas soeces, lúbricas, violentas, desgredadas y, en una palabra, desfeminizadas, es extremo. Ese elemento no falta casi en ningún libro y se presenta con un discurso constante, exagerado y violento, que bien merecería un estudio particular.

5. Novelización

Sobre todo en los testimonios más tempranos, de quienes pudieron abandonar Madrid en las evacuaciones de las legaciones diplomáticas de 1937, y otros similares, hay una característica imprecisión en datos básicos. Varios se publicaron anónimos o bajo seudónimo, y otros omiten la información que permitiría ubicarlos en el tiempo, en la topografía de Madrid o en las relaciones con personas concretas. Cuando la guerra aún estaba sin terminar, era preciso evitar cuanto pudiera servir a los republicanos para localizar a sus enemigos. Esa prudencia acaba convirtiéndose en un tópico, y en la literatura testimonial tales tópicos suenan inveraces, pues la precisión de

los datos es uno de los pilares fundamentales de la escritura autobiográfica, así que su ausencia provoca un efecto contrario de inverosimilitud. Y hablo de inverosimilitud en el discurso, sin discutir la verdad objetiva de lo narrado, que no es mi tarea.

A esto hay que sumar otra llamativa característica de casi todos los libros que estudio: un estilo narrativo extremadamente novelesco. Los géneros autobiográficos experimentan en general una convergencia con la novela desde finales del XIX y durante buena parte del XX. Pero incluso en ese marco, este grado de novelización es sorprendente: casi todas las obras están llenas de vivas descripciones y multitud de diálogos reconstruidos literalmente, con un lenguaje muy emotivo, pero en ocasiones coloquial e incluso humorístico, y muchas técnicas propias de las narraciones de ficción. Pero si en el discurso estas memorias se aproximan a la novela, para distinguir ambos géneros es preciso establecer el pacto autobiográfico, por usar el concepto teórico de Philippe Lejeune, que depende de datos extraliterarios: si por las razones expuestas los autores ocultan sus nombres e informaciones básicas, entramos en una zona de indeterminación donde es muy difícil diferenciar unas memorias reales de una ficción que pretenda gozar del plus de credibilidad que suele otorgarse a los testimonios personales. Esto es algo general en el corpus, pero algunas obras destacan.

FERNANDO SANABRIA (seudónimo) escribió en 1938 *Madrid bajo las hordas*. (*Vía dolorosa de la capital de España*). Aunque se presenta con fines testimoniales, tiene toda la pinta de ser pura ficción, sea cual sea su fundamento documental. El prólogo escenifica una típica historia de manuscrito encontrado: el autor del libro recibe en París la visita de un amigo a quien creía muerto en Madrid y que encuentra en un estado lamentable; al preguntarle estalla en una apología de Franco y de cómo la lucha está justificada por lo que vivió. Ha ido llevando una especie de diario, que transcribe para él; el autor luego le ha dado forma literaria. El resultado:

no es una novela, ni un relato de guerra, ni un reportaje. Tiene un poco de todo y no es nada de eso: es un trozo de historia vivida por un hombre que sufrió los ataques de la fiera roja, transcrita por otro que, en esta ocasión, tiene que hacer el sacrificio de su nombre sustituyéndole por uno imaginario que no despierte recelos, de llegar a sus manos, entre los asesinos de Madrid, que venjarían en seres inocentes el tremendo delito de haber dicho la verdad (12-13).

No tan extremo es el caso de ANA MARÍA DE FORONDA en sus *Nueve meses con los rojos en Madrid* (1937). Lleva una colorida y sensacionalista cubierta, en que se ve una mujer horrorizada que se lleva la mano a la cara, y encima un hombre sufriendo agarrado a una reja, y el rostro de un «rojo» (tiene la hoz y el martillo dibujadas sobre la frente) con rijosa expresión enloquecida. Tras un untuoso prólogo de Federico García Sanchiz, hay una especie de portada interior con este aviso: «Todo lo relatado en este libro es auténtico y vivido por la autora». Foronda escribió varias novelas y sería una asidua traductora en las décadas centrales del siglo XX. Y este libro, a pesar de su justificación documental y su título, es una novela, cuyo protagonista es un médico falangista cuya historia empieza *in medias res* con las prisiones y matanzas que los milicianos hacen desde agosto del 36 en la Cárcel Modelo, donde estaba él desde antes incluso del 18 de julio. Pero luego la historia salta a una protagonista femenina, parece ser que la esposa del médico, que va alternando con este el punto de vista y la voz narradora. Se supone que los horrores contados pertenecen a la experiencia de Foronda y su esposo, pero la forma literaria elegida es novelesca, con infinidad de diálogos y algún que otro excurso de propaganda pura y dura destinada a denunciar el silencio de la prensa extranjera sobre los crímenes republicanos. Además de su enfoque franquista general, este libro es de una intensa militancia falangista.

LUIS DE FONTERIZ (seudónimo) dice en 1937 haber vivido *Seis meses bajo el terror rojo en Madrid*. En el prefacio afirma que acaba de llegar a Inglaterra tras salir de Madrid hacía solo dos semanas, a primeros de febrero, lo que nos da una fecha de escritura en febrero mismo del 37. El objeto declarado es advertir al mundo de lo que les puede pasar a otros países. Confiesa su falta de oficio literario y se escuda en que contará estampas reales de hechos vividos o conocidos por personas dignas de crédito cuyo nombre ocultará para no comprometerlos. Pero es más bien una crónica estructurada de lo ocurrido en Madrid, en clave colectiva y con distribución temática, que un testimonio personal. Él solo comparece para ilustrar con su peripecia los hechos que está contando sobre el «terror rojo». A veces escribe en primera persona del plural, que hay que identificar con los madrileños en general o bien con los perseguidos por las fuerzas de izquierda en particular. Cuando habla de sí mismo pasa al singular, pero eso ocurre en contados momentos del libro, que tiene más bien la pretensión de ser

un informe general sobre la situación de Madrid contada al mundo. Desconozco si se trata de unas memorias reales.

6. El clero y los religiosos

Uno de los colectivos más afectados por la persecución en zona republicana fue el de los sacerdotes, miembros de órdenes religiosas y devotos católicos en general, que leyeron la guerra como un martirio en defensa de la fe. Era igualmente uno de los enfoques que podía suscitar mayor empatía entre la población menos ideologizada y así cumplir su fin propagandístico.

El presbítero ARTURO CUADRADO ALONSO dio a luz *Mis diez meses de Madrid rojo* en 1938⁵. En la portada hay un subtítulo a modo de lema: *La historia vivida no debe adulterarse, ni la tragedia comunista tiene por qué ocultarse*. Sigue una lámina con la imagen del «Excmo. Sr. Don Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de la Nueva España»; dedicatoria a sus hermanos «con la íntima satisfacción de reunirme de nuevo con ellos»; introducción de tres páginas; catorce capítulos y un epílogo. Las tres páginas finales muestran pequeñas viñetas con el rostro de Franco, el escudo de Falange y el de los Tradicionalistas. El texto se fecha al final del epílogo en Vitigudino (Salamanca), a 1 de julio de 1937.

La introducción insiste en su voluntad de veracidad y en su falta de móviles para mentir o exagerar lo que ha experimentado durante diez meses de paréntesis en su vida sacerdotal. «Yo he vivido entre los rojos; he sondeado su sadismo en el crimen [...]; he sufrido condenas, he estado en lúgubres mazmorras de comités; he expuesto mi vida por la Causa Nacional». En realidad, la mayor parte es una descripción tremebunda de lo ocurrido a partir de julio, pero con escasas alusiones a sí mismo. El salmantino Cuadrado se hallaba en Madrid haciendo oposiciones a cátedra de instituto cuando estalló la guerra. En determinado momento fue obligado a incorporarse, con el resto del personal del ministerio de Instrucción Pública, al 5º regimiento de Líster, y más tarde, a través del Sindicato Único de la Enseñanza acabó siendo de la CNT y presume de haber tenido influencia (positiva) sobre el secretario general de aquel sindicato. Al contrario de otros, él no vivió oculto, sino mezclado entre la gente, algo que en ocasiones jus-

⁵ La cubierta ilustrada presenta un título ligeramente distinto: *18 julio. Diez meses de Madrid rojo. 18 mayo*.

tifica con énfasis, tal vez por las sospechas que pudiera levantar entre sus correligionarios⁶. Eso es lo que le otorga un punto de vista general sobre la vida del Madrid en guerra. Solo el cap. x relata su peripecia personal: un amago de detención en agosto del 36, varios registros y finalmente su apresamiento por un comité revolucionario (el de las Juventudes Socialistas Unificadas), del que salió bien parado al día siguiente con el aval de un diputado izquierdista.

El capítulo XII narra sus conversaciones y tratos con los rojos y las confidencias que de ellos obtuvo. Es la parte en que mejor queda expuesto su punto de vista: el de un testigo integrado en el Madrid «rojo» y que por ello ha podido conocer sus interioridades más inconfesables. El capítulo XIII habla del «Madrid Blanco», formado por los fugitivos y los escondidos; declara haber mantenido reuniones clandestinas frecuentes en su casa y haber participado de una red de apoyo mutuo e incluso de espionaje. Con esto completa su perfil doble, el de alguien que está a la vez entre los cautivos y los cautivadores, sin que parezca preocuparle que su libro alimente la propaganda republicana acerca de la «quinta columna», con el peligro subsiguiente para sus amigos. El capítulo XIV relata por fin su fuga a zona franquista con esta reveladora frase: «Mi evasión de Madrid no ha sido un acto de cobardía; tampoco ha sido un acto de valor» (129), iniciando una completa justificación de su conducta en esos meses y de sus peligros y sacrificios por la causa.

MARGARITA OLANDA SPENCER («Marola») se define desde el título de su libro de 1938 como *Prisionera del Soviet*. En la página de créditos se dice que ha sido traducido al alemán por la infanta Paz de Borbón. La dedicatoria reza: «A mis padres, a quienes debo ser católica y española. A mis compañeros de prisión, que han tenido, como yo, LA HONRA de sufrir por Dios y por España. ¡Viva España!». La autora era monja e integrante de los Estudiantes Católicos. Una nota en la primera página indica que «por razones de prudencia, la mayor parte de las personas que figuran en esta

⁶ «He vivido en la calle, por así decirlo, he vivido entre ellos. Persuadido de que no había lugar oculto donde no penetrara su ojo escrutador o su maldad, preferí vivir con ellos la vida exterior, que fugaz pasa, y reservarme para mí la vida interior, que permanece» (98). «No fueron dueños absolutos de la calle ni encerraron a todos sus enemigos bajo tierra o en las casas; la calle la compartimos; muy a pesar suyo no fue jamás totalmente suya» (130).

verídica narración ostentan un seudónimo» (11). El relato, escrito en el habitual estilo cuajado de diálogos, comienza el 14-10-1936, con la llegada de los milicianos a su piso madrileño, donde vive sola porque la guerra sorprendió a sus padres veraneando en San Sebastián. Y la historia concluye el 18-01-1937 cuando la dejan en libertad y acude a refugiarse en una embajada, donde estuvo dos meses antes de poder ir a zona franquista. Pasó por la checa de Fomento tras su detención y luego por la Dirección General de Seguridad. El relato sigue su experiencia cotidiana directa, los hechos, personas y emociones vividas cada día en la cárcel.

Al ámbito más tradicional de la autobiografía religiosa pertenecen los *Catorce meses de aventuras bajo el dominio rojo* firmados por MARÍA LUISA FERNÁNDEZ y MARÍA LETURIA en 1938 y reeditados en 1939. En esta segunda edición, según indica el prólogo, se han añadido datos omitidos en la primera para no comprometer a quienes aún estaban en Madrid. Son dos obras distintas, de las superiores⁷ de las casas que tenían en Madrid las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, en la calle de San Agustín y la avenida de Martínez Campos. Ambas fueron evacuadas a Roma entre julio y agosto de 1937 por la mediación de la embajada británica y las diputaciones vascas. En estos textos el enfoque providencialista religioso es fundamental, y el punto de vista es siempre colectivo, pues las superiores hablan en nombre de toda la comunidad. El relato de Fernández se centra en las cárceles de mujeres, pero en cambio se ocupa poco de los más de diez meses acogida bajo jurisdicción noruega. Incorpora además fragmentos de relatos de otras religiosas con trayectorias parcialmente separadas del resto. El de Leturia también sigue el itinerario de los grupos que se iban congregando y disgregando; durante un tiempo parte estuvo en la checa de la UGT. A todos los efectos el libro pretende ser un testimonio colectivo de la congregación, lo que provoca una estructura atomizada, pero con completa unidad de sentido. El estilo es directo y narrativo, con lenguaje contenido y sin exaltación. Como acto de propaganda, lo fía todo a los hechos narrados y a la esperada complicidad de sus lectores previstos, que son los miembros de la propia orden y los católicos conservadores. Este tipo de escritura religiosa nunca busca convencer al ajeno, sino reforzar los lazos de la propia

⁷ El libro no aparece firmado y los nombres de las autoras solo se indican en el texto introductorio. El texto de Fernández en pp. 9-150 y el de Leturia en pp. 151-316.

comunidad, y para eso no hace falta cargar las tintas con una retórica incendiaria o sectaria.

TEODORO CUESTA MORENO publicó en 1939 *De la muerte a la vida. Veinte meses de una vida insignificante en el infierno rojo*. El autor, según los datos de la Biblioteca Nacional, fue sacerdote burgalés, catedrático de teología y filosofía. El prólogo se fecha en Burgos en septiembre de 1938 y el libro en 25-07-1938. Ignoro si la publicación material se realizó cuando la guerra aún no había terminado. El prólogo de fray Justo Pérez de Urbel define este libro como «poca literatura y mucha observación» (6), alabando el camino escogido para narrar los hechos con sinceridad y sencillez. Igual que a Cuadrado, a Cuesta le sorprendió la guerra preparando oposiciones a cátedras de instituto. Vivió ocultando su condición de sacerdote durante un tiempo, mezclado entre los republicanos y conociendo de cerca lo que acontecía en la ciudad; cuando se siente expuesto, se refugia en una embajada a fines de enero de 1937, de donde fue evacuado en enero del 38 a un campo de refugiados en Francia, hasta poder regresar a Burgos. Sobre la vida en la embajada y el traslado al campo versa el dossier fotográfico que cierra el libro. Son cuarenta capítulos. El de introducción insiste en su exquisita veracidad y se remonta a 1931 para enumerar los desastres de la República que justifican el alzamiento. Todo el libro está escrito en estilo narrativo, con mucho detalle y sumo patetismo, ya que a pesar de las declaraciones anteriores Cuesta escribe de forma muy retórica y exaltada, y se aleja de un sencillo registro de acontecimientos, con comentarios y excursos de todo tipo. El sectarismo del lenguaje y del estilo es, en este caso, extremo.

El de ARACELI SPÍNOLA DE GIRONZA es uno de los títulos más enfáticos del corpus: *¡Dios, sobre todo...! Narración de lo sufrido en treinta y dos meses en manos de los rojos... y condenada a muerte... (Impresiones..., soliloquios..., oraciones y semblanzas carcelarias)* (1940). Este libro, aunque obra de una mujer casada, se rodea de iconografía y expresiones religiosas: la imagen de cubierta es una gran cruz y el volumen lleva aprobación expresa del obispo de Badajoz, como si fuera una obra de religión. La dedicatoria es al esposo. El prefacio de Alcázar de Velasco gira sobre que el libro está mal escrito, sin literatura ninguna, en estilo oral de una mujer extremeña y que eso es un valor añadido de autenticidad. El prólogo de la autora insiste en la idea. El estilo es extraordinariamente emotivo, sentimental y exclamativo,

mezclado con frecuentes poemas en que vierte en versos penosos sus padecimientos (en los años siguientes daría a luz varios libros de poemas de corte religioso). La autora había llegado a Madrid desde Castuera el día del asesinato de Calvo Sotelo, para reunirse con su esposo. Quedó atrapada, ocultándose en pensiones cuando ya se sabían perseguidos, porque eran una familia conocida, parte de la cual estaba encarcelada. Finalmente cayeron en un registro y los llevaron a la checa de García Atadell, luego a la Dirección General de Seguridad y ella pasó a la cárcel de mujeres de Conde de Toreno; por fin la trasladaron al Asilo de San Rafael hasta ser liberada. Pasa algo de tiempo más en Madrid antes de poder evacuarse a Valencia. A partir de la página 66 el libro sigue un itinerario de viajes y cárceles por territorio republicano, principalmente en Extremadura y Ciudad Real. Concluye con un poemario. En todo momento el libro sigue la peripecia de la autora.

7. La propaganda exterior

El frente internacional de la propaganda fue esencial en una guerra que, aunque llamada civil, escenificaba conflictos mundiales. Hay un significativo grupo de obras publicadas en América y otra en Francia, donde el testimonio personal aspira a ser alegato ante opiniones públicas en disputa por parte de ambos bandos.

FRANCISCO CASARES SÁNCHEZ publicó en Buenos Aires, en 1937, *Argentina-España, 1936-1937. (Apuntes y recuerdos de un asilado en la embajada argentina de Madrid)*. Hay una dedicatoria, «Ofrenda de las páginas», al presidente de Argentina, a Franco, al ministro de Exteriores argentino y al encargado de negocios argentino en España, Edgardo Pérez Quesada. En el capítulo prologal, ensalza la nueva hermandad hispanoargentina que la generosidad de la embajada en Madrid ha forjado salvando a refugiados. Los primeros cinco capítulos son un alegato general sobre la barbarie marxista en Madrid. A partir del sexto se centra en su vivencia en la embajada, adonde llega pronto porque su «ficha» política como periodista, escritor y candidato derechista en las elecciones, le señalaba en la lista de los represaliados preferentes. Casares había fundado un sindicato de periodistas y luego sería secretario de la Asociación de la Prensa de Madrid, nombrado en octubre de 1937 en San Sebastián, y hasta 1972. El relato va ligado a la existencia cotidiana de los refugiados y a lo que percibían de la vida en la

ciudad donde estaban atrapados. La parte final cuenta su evacuación, con otros grupos, en febrero de 1937⁸.

HUGO CLAVET (seudónimo) publicó también en Buenos Aires *Madrid en sangre (10 meses de horror)* (1937). El autor declara en el prólogo que es «un intelectual argentino vastamente conocido en España y América», aunque oculta su nombre; dice ser un testimonio imparcial, ni de derechas ni de izquierdas.

Buenos Aires también acogió en 1938 la publicación de SIMÓN NÚÑEZ MATURANA, *La tragedia española (memorias incongruentes de un perseguido asilado)*. El autor era abogado del partido liberal y había presidido la Diputación de Madrid entre otros cargos. Su libro hace juego perfecto con el de Casares por intención y circunstancias. Está dedicado con gratitud emocionada a Argentina y Uruguay, que le asilaron a él y su familia. Es una obra dirigida a influir en la opinión de esos países. Pero toda la primera parte, hasta la p. 127, es un relato analítico de la política española entre 1900-1936. Solo entonces, una vez asentada la ilegitimidad del gobierno republicano y la consiguiente justificación de la sublevación contra él, entra en materia testimonial sobre la guerra. Esta parte autobiográfica había ido escribiéndose durante los hechos y luego ha debido ser muy revisada para darle forma. Es un relato completamente personal de su peripecia: tropiezos y amenazas en las primeras semanas, un miedo creciente y finalmente el refugio en la legación de Uruguay. Sigue después con los incidentes que condujeron a su evacuación a Valencia y salida de España. El relato es muy beligerante en su lenguaje.

En Chile publicó el sacerdote ISAÍAS GIL ORTEGA *En las cárceles de la España roja* (1938), con encendido prólogo de Felipe Sassone⁹. La dedi-

⁸ Casares (1940) volvería sobre la misma materia con la novela *La ciudad del humor y de la muerte. (Confesiones póstumas de un capitán de milicias)*. Usa la ficción del manuscrito encontrado para reproducir las supuestas memorias de un miliciano que, cuando la guerra todavía no había acabado, se suicida carcomido por los remordimientos y hace que su viuda busque en París, donde casi todos los españoles eran rojos, a un escritor adepto a Franco para dar a conocer su testimonio de los crímenes del Madrid republicano.

⁹ Sassone era un escritor peruano de ascendencia italiana afincado desde años atrás en España. Él mismo, de ideología muy conservadora, se refugió al comenzar la guerra en el consulado peruano, de donde salió hacia América de forma clandestina en agosto del 39 con ayuda del embajador.

catoria es a la mujer que le facilitó la entrada en la embajada de Chile y a los hermanos de San Juan de Dios que lo acogieron en ese país. El libro comienza con unas palabras enfatizando el valor que tienen testimonios como el suyo para el mundo, pues obviamente busca un público internacional. Sigue la transcripción de la Salve a la Virgen del Pilar que rezaban todos los días los presos de las cárceles madrileñas. El autor era cura en el Sanatorio del Guadarrama cuando comenzó la guerra. Su relato personal tiene tres bloques: lo ocurrido en dicho sanatorio, su paso a las cárceles de Madrid (Dirección General de Seguridad, cárcel Modelo y cárcel de Porlier) y su estancia en la embajada de Chile hasta su evacuación en el Tucumán. La narración comienza el mismo 18 de julio cuando llegan las primeras noticias a las alturas de la sierra. Presta particular atención a desmentir un hecho propalado por los republicanos y que había llegado a muchos países: que las tropas «nacionales» en la batalla de Guadarrama habían bombardeado hospitales y sanatorios. Ahí queda bien claro el objeto propagandístico del testimonio, que se debilita por usar una doble argumentación contradictoria: que los centros sanitarios eran objetivos militares legítimos porque los «rojos» los usaban para colocar sus baterías y que las bombas franquistas no habían tocado más que alrededores de las instalaciones con desperfectos menores, sin apuntar nunca a las zonas de los enfermos (27-28).

Muy diferente en tono e intención es el libro francés de MIGUEL PÉREZ FERRERO, *Drapeau de France*, impreso en París en 1938. Una advertencia de los editores presenta la peripecia del autor (refugiado en la embajada francesa de Madrid entre octubre del 36 y mayo del 37) y su trayectoria anterior (escritor de tradición liberal y crítico literario), ponderando el interés de su testimonio como «nouveau document de la terreur déchaînée par la barbarie rouge». Incluye una carta de Gregorio Marañón dirigida en enero del 37 al representante chileno ante la Sociedad de Naciones para ponerle en conocimiento de la lamentable situación de los refugiados en las embajadas y pedirle su ayuda; insiste en que en su gran mayoría son personas de derechas o liberales, incluso republicanos, que huyen de la anarquía y persecuciones injustas. El objeto del libro es suscitar la simpatía internacional, en particular la francesa, por los ochocientos refugiados que, según el epílogo, continúan sufriendo en las legaciones. A tal fin el tono es menos militante que el de la propaganda franquista, y más centrado en valores humanitarios y en la inocencia de los perseguidos. Pérez Ferrero pre-

senta su testimonio como «estampas» más que como un relato lineal. Quiere ofrecer una visión de la vida en las embajadas, pero le antepone una larga introducción, fechada en febrero de 1938 y destinada a defender el derecho de asilo. Son argumentos y datos que buscan explícitamente ser oídos por la Sociedad de Naciones. Desacredita al gobierno republicano por sus actos, le atribuye parte de la anarquía desatada en Madrid, que considera calculada, pero no hace ninguna defensa explícita de la causa «nacional». Luego analiza caso a caso la actitud de cada gobierno extranjero y de cada legación, para poner de manifiesto lo urgente de la solución. Las estampas, en cambio, tienen un tono literario y relatan momentos y aspectos de la vida de los refugiados, basados en su experiencia personal, pero no expresados en forma autobiográfica. En su clasificación genérica está muy en los límites de un testimonio personal como tal, pero creo que vale la pena incluirlo en el marco general.

8. La vida de las embajadas

Aunque en muchas de estas obras se incluyen periodos bajo asilo diplomático, dos autores tratan de forma más extensa y específica esa particular experiencia. Se incluye aquí uno de los mejores autores del repertorio, JACINTO MIQUELARENA Y REGUEIRO («El Fugitivo»), que publicó en 1937 *Cómo fui ejecutado en Madrid*. El autor era un periodista deportivo bilbaíno y escribía novelas de humor. Estuvo en el núcleo fundador de Falange, por ello trató de estar ilocalizable al estallido de la guerra y pronto se refugió en la embajada argentina, con cuyo nutrido grupo vivió la evacuación en enero de 1937 desde Alicante a bordo del *Tucumán*. Miquelarena es un excelente prosista, de estilo eficaz, ligero y penetrante. Este volumen lo forma una colección de artículos analizando episodios y aspectos de la guerra, pero no es un testimonio personal articulado, aunque parta en gran medida de la experiencia propia. Solo la primera sección trata de Madrid, el resto se ocupa de otros momentos y lugares. En el volumen de 1937 es reticente a entrar en detalles sobre cómo consiguió salvar su vida, para no comprometer a nadie, aunque anuncia que ya tiene escrito «el libro de mis siete meses rojos, que es, aproximadamente, la historia de un agujero» (8). Así anuncia lo que será *El otro mundo*:

Yo prometo que se sabrá todo algún día. Pero dicho libro quedará inédito por ahora; lo siento, porque creo haber descubierto en él una fórmula ex-

traordinaria para no hablar del personaje más importante de aquella historia –el miedo– o, en todo caso, para hablar del miedo con elegancia (8).

En efecto, dedicó otro libro a su experiencia, que sí es un testimonio personal: *El otro mundo* (1938). Son veintiséis capítulos en el acostumbrado estilo novelesco. La historia comienza el primer día que despierta en una embajada en Madrid donde se había asilado la noche anterior. Al final del segundo capítulo introduce un relato retrospectivo: «Luego, recordé que era el 27 de agosto de 1936. Desde el 17 de julio de 1936, había vivido de milagro. ¡Cuarenta días de sobresaltos y de angustias! Y comencé a recordar» (14). A partir de aquí se remonta al pasado, desde los conciliábulos falangistas del Café Lyon hasta los primeros compases de la persecución desencadenada en julio del 36. En el capítulo VIII vuelve a retomar el hilo de la vida en la embajada hasta su salida hacia Alicante para ser evacuado, con lo que concluye el libro. Es de los mejor escritos de todos los que he revisado, con un estilo directo, agresivo, militante y nada sentimental.

LEOPOLDO HUIDOBRO PARDO, fiscal de la Audiencia madrileña, escribió *Del Madrid rojo. Memorias de un finlandés*. El colofón indica que se terminó de imprimir en septiembre de 1939, pero está escrito en varias etapas. Huidobro, tras varios incidentes y detenciones, se guareció desde fines de octubre de 1936 en las embajadas de Finlandia y Noruega, con paso por una checka entre ambas etapas, en diciembre de 1936, de la que pudo salir con bien, según cuenta, por un error ortográfico en su apellido que evitó que lo localizaran para fusilarlo, y luego mediante sobornos. La primera parte está fechada en octubre de 1937 en la legación noruega y narra el periodo transcurrido hasta que su esposa e hijos fueron evacuados de Madrid por la Cruz Roja en ese mes. Constituye un relato muy pormenorizado de su experiencia, escrito sobre notas diarias coetáneas, desde el 18 de julio hasta entonces, pero sin duda reelaboradas en un tono novelesco, con profusión de diálogos. La segunda parte narra desde el 8-10-1937 hasta su salida de Madrid en abril del 38 y lo que le aconteció en el penoso viaje hasta Francia. El epílogo se fecha en Santander en enero de 1939, donde Huidobro actuaba de nuevo como fiscal «hasta que se libere Madrid» (296). Es obvio que en ese momento había dejado el libro preparado, que solo se publicó tras el final de la guerra, pues se añade un apéndice final que así lo indica, fechado en agosto de 1939.

9. Dos fugitivos de viaje

JOAQUÍN ROMERO-MARCHENT («Alejandro de España») publicó en 1937 *Soy un fugitivo. (Historia de un evadido de Madrid)*. Era un periodista, dramaturgo y productor cinematográfico, padre del director de cine del mismo nombre. El libro se fecha en marzo. El protagonista había vivido con miedo y amenazas crecientes desde el comienzo de la guerra y se decidió a huir en agosto del 36, con un pasaporte entregado por una embajada. Gran parte narra su viaje por Valencia y Barcelona hasta ingresar en zona franquista. En general, salvo en lo que afecta al viaje, en el libro predomina el análisis general sobre el testimonio personal. No hay una estructura cronológica continua, sino una sucesión de asuntos que va ilustrando a veces con sucesos que vivió o que vio vivir, pero también por comentarios de carácter impersonal. El estilo es muy encendido y sectario. Responde con total fidelidad al discurso político propio de su bando, sin matices y con insultos desbocados.

De AUXILIO BERDIÓN es *Madrid en tinieblas. Siluetas de la revolución* (1937). A pesar de su título, el testimonio sobre Madrid es muy escaso. El autor, que pasó varios meses en la capital en guerra, inicia su relato en junio (se supone que del 37) justo cuando la abandona para dirigirse hacia Valencia con un grupo de refugiados en una embajada. De ahí va detallando su viaje hasta regresar a la otra zona. Solo a la mitad, y de forma asistemática e imprecisa, se ofrecen «siluetas» de lo ocurrido en Madrid, sin ahorrar calificativos, pero sin construir un relato personal estructurado.

10. La Cárcel Modelo

Hay un extenso libro dedicado monográficamente a la principal cárcel de Madrid, la Modelo, uno de los centros esenciales del multiplicado universo carcelario madrileño. Su autor, JULIO FERNANDO GUILLÉN TATO, un marino de derechas, que sería luego conocido como historiador de la Marina y director del Museo Naval, oculta su nombre en el libro, que aparece en 1937 firmado por «El Preso 831», su número de recluso, pues seguía habiendo familiares suyos en poder del enemigo. La cubierta, que muestra el símbolo de Falange tras unas rejas carcelarias, lleva por título *Del Madrid rojo, por el 831. Últimos días de la cárcel Modelo*. En la portada figura el lema: «Vale la pena de sufrir todo lo que se sufre. General Mola». El colofón registra que se terminó de imprimir el 15-11-1937. La obra se divide por días y em-

pieza el 27-9-1936, cuando finalmente lo detuvieron en Madrid, tras varios registros anteriores. Al contrario de otros casos, no fue apresado por milicianos, sino por la policía, que lo condujo a la Dirección General de Seguridad. A partir de ahí sigue día a día su patética experiencia en sus calabozos y luego en la Cárcel Modelo, hasta el 15-11-1936 en que fue puesto en libertad, justo el día antes de que se evacuase ante la proximidad de las tropas franquistas, que la alcanzaron con sus bombardeos. Durante las semanas que estuvo encerrado se produjeron algunas de las mayores «sacas». El relato, escrito en un amargo y a menudo sarcástico tono subjetivo, se ciñe de manera precisa a su experiencia cotidiana, narrando sus vivencias y las de sus compañeros de desgracia mediante anotaciones sucesivas independientes, a menudo bastante cortas y escritas en presente, con buen estilo literario y gran capacidad de observación. De vez en cuando incluye comentarios políticos y pequeñas digresiones.

11. Toda la guerra en Madrid

Un grupo de títulos se publicaron tras finalizar la contienda como obras, hasta donde la ausencia de datos extraliterarios permite afirmarlo, de personas reales que pasaron la totalidad del conflicto en Madrid y elevaron al público su testimonio cuando les fue posible. Su itinerario personal y su actitud son diferentes a las de quienes fueron evacuando de las embajadas en 1937 y 1938, y en varios es palpable el elemento justificativo, pues tienen que explicar cómo han podido sobrevivir todo ese tiempo sin haber colaborado con el enemigo.

En *Madrid bajo el marxismo* el falangista RAFAEL CORDONIE presenta una colección de estampas del Madrid en guerra, episodios y semblanzas con un vago hilo cronológico, que relatan los desmanes vividos por distintas personas. Pero el autor casi nunca asoma ni como protagonista, ni como testigo. Es, pues, uno de los testimonios de escaso grado autobiográfico que están en el límite para ser incluidos en este corpus. Eso sí, en el prólogo enumera sus méritos durante la guerra, en la que permaneció en Madrid entre sobresaltos, abandonando sus destinos como funcionario y evitando ser movilizado por el ejército republicano, escondido en la clandestinidad, bajo identidad falsa y trabajando en oficinas públicas, conectado con el aparato de resistencia falangista en Madrid... Pero casi nada de eso pasa a las semblanzas.

LUIS LÓPEZ DE MEDRANO es de los que indican un periodo más elevado de padecimientos en su título, 986 días en el infierno. Estaba en Valencia el día que estalló la guerra y se fue de inmediato a Madrid. Su relato cubre toda la guerra en diferentes lugares, particularmente la capital, con muy encendido tono propagandístico.

Bajo el seudónimo de LUIS GARCÍA DE LA ROVERE salieron en 1940 unos *Destellos. Estampas de la retaguardia roja*, cuyo prólogo se firma en Madrid, en abril del 39. Se presenta como homenaje a los caídos y a las mujeres que vivieron la contienda en zona republicana, y no pone su nombre real porque su historia podría ser la de cualquiera. Son capítulos breves y de estilo muy intimista, dolorido. Casi nunca se habla del sitio donde ocurren las cosas, aunque por algunos pasajes se sabe que es Madrid y en varias de sus cárceles (al menos la Dirección General de Seguridad, la cárcel de la Ronda de Atocha y el centro de detención del S. I. M. en la calle de San Lorenzo, entre otras). Pero es una crónica del dolor interior más que de los atropellos exteriores. El tono es a veces muy sensiblero, y abunda en elementos religiosos.

ÁLVARO PORTES ALCALÁ, que se atribuye el nombre de «Daniel España», publicó en 1939 *Cárceles rojas. Memorias de un oficial de Prisiones sobre las cárceles y «checas» de Madrid*. La cubierta muestra a un miliciano haciendo guardia todo de rojo, con un brazalete con la hoz y el martillo y un gorro ruso; pero lo más impactante es que su rostro es una calavera. De fondo se ven las galerías de una prisión. La adulatora dedicatoria es al generalísimo Franco, «a quien todo se lo debemos». El libro está firmado al final el 14-5-1939. El capítulo inicial hace las veces de prólogo y declara su obligación de dar a conocer los horrores de la revolución y lo ocurrido en las cárceles Modelo, de San Antón y las checas, «la vida pintoresca de las embajadas y la odisea de tantas y tantas personas conocidas» (7). Está escrita con el estilo novelesco y dialogado habitual. El autor pertenecía al mundo del teatro y al estallar la guerra, temiendo por su vida y no pudiendo trabajar, buscó influencias para obtener un puesto como oficial de prisiones, que asume como una oportunidad de ayudar desde dentro a sus correligionarios (o eso dice en 1939). Su justificación testimonial, por tanto, proviene de ser un testigo directo de las maquinaciones de las autoridades y de la planificación y crueldad de sus crímenes, poniendo particular énfasis en los casos más célebres, como el de Pedro Muñoz Seca, algunos exministros... Junto a eso, resalta los episodios en que pudo prestar servicios a

los perseguidos derechistas, actuando como quintacolumnista, intentando también hacer llegar fuera de Madrid información sobre lo que ocurría.

12. Un duende y un caballero

A caballo entre la crónica periodística, el alegato político y el relato autobiográfico cabe situar los publicados por dos autores de perfil muy semejante, y que además son de los pocos casos en todo el corpus de escritores profesionales con un extenso perfil público, por más que hoy estén muy olvidados. Para «El Duende de la Colegiata» y «El Caballero Audaz» la guerra no fue más que otro eslabón de una biografía que era fundamentalmente bibliografía, pues la obra impresa de ambos es enorme, tanto como su egocentrismo.

ADELARDO FERNÁNDEZ ARIAS, «El Duende de la Colegiata», era un escritor prolífico y verborreico, justísimamente olvidado. Estuvo escribiendo en numerosos periódicos desde comienzo de siglo, y volcando luego lo que escribía en prolijas series de libros, además de muchísimas novelas, obras de teatro, etc. En el catálogo de la Biblioteca Nacional hay 120 obras bajo su mención de autoría y otros varios donde solo figura su seudónimo, que usaba para la prensa. Escribió su experiencia de la guerra en dos volúmenes (Fernández Arias, 1937 y 1938) de corte periodístico, combinando diferentes puntos de vista, casi siempre expresados impersonalmente, y en una concatenación de secuencias cronológicas breves. El factor testimonial directo es escaso y el comentario y los diálogos, abundantes. Pretende dar una visión estructurada de todo lo ocurrido en Madrid y en la guerra, y no un relato de su peripecia individual, que sin embargo también está ahí presente.

Madrid bajo «el terror» lleva en la parte superior de la anteportada tres lemas: «Una patria. España», «Un estado. Nacionalsindicalista», «Un caudillo. Franco». Tiene también una página tras la portada con una especie de desorbitada dedicatoria a Franco. Sigue un largo prólogo, «Este libro es un reportaje», donde declara entender su obra como «una recopilación de crónicas periodísticas inéditas» (9) que toquen el mayor número posible de facetas de lo ocurrido. A partir de ahí, insiste en que cuenta lo que ha vivido personalmente y lo expone con objetividad. Dice que solo personalizará en sí mismo en ese prólogo, pero que en el resto será un cronista exterior de los hechos. En su estilo característico, verboso y enfático, relata sus méritos antirrepublicanos de los años precedentes, que justifican que

fueran a detenerlo de inmediato al comenzar la guerra; pudo salir por un favor personal, pero ordenaron apresarlo otra vez, aunque ya se había refugiado en la embajada argentina, de donde fue evacuado en febrero de 1937. Siempre subraya una persecución preferente contra él, lo que le lleva a exclamar ufano: «En fin... ¡Creo haberme ganado ¡a pulso! el derecho de llamarme: 'Perseguido por el Terror Rojo' y 'Superviviente'!» (24).

Como continuación expresa, Fernández Arias publicó un segundo volumen: *La agonía de Madrid*, con dedicatoria al Dr. Edgardo Pérez Quesada, diplomático argentino que protegió a muchos fugitivos. «A modo de prólogo» es una breve introducción que dice que el libro es un diario escrito en Madrid al calor de los hechos, y pide perdón por los errores que pudiera haber en las noticias circulantes entonces. Actúa así como complemento del relato general, mucho más desaforado de lenguaje, incluido en *Madrid bajo el «terror»*, que se interrumpía en octubre de 1936: «en *La Agonía de Madrid*, a partir de esa fecha, mi 'Diario' recoge la transformación de la gran ciudad, martirizada y moribunda, que, en sus estertores finales, espera ¡únicamente! que el Generalísimo Franco la reconquiste. ¡Y, así será!». Pero aunque cambia el estilo, más sobrio y pegado a los hechos, y la estructura, formada por entradas diarias en presente narrativo, el tono sigue siendo el del libro anterior. Fernández Díaz dice lo que se cuenta en Madrid, lo que publica la prensa, lo que pasa, lo que se habla, pero no adopta una perspectiva personal. Termina el 9-2-1937 y un epílogo explica que se interrumpió el diario con su evacuación, pero que en la capital todo ha empeorado desde entonces y solo la entrada de Franco la salvará.

JOSÉ MARÍA CARRETERO NOVILLO, más conocido como «El Caballero Audaz», publicó en su propia editorial siete volúmenes bajo el título general de *La revolución de los patibularios. Segunda época de la colección «Al servicio del pueblo»*, cuyo detalle puede verse en la bibliografía. Poco voy a insistir en este escritor, calco casi en todo de «El Duende de la Colegiata», salvo en que escribe bastante mejor y su ego, con estar también sobredimensionado, no resulta tan desquiciado. Fue un periodista muy conocido desde principios de siglo, que se especializó en el género de la entrevista, pero también un prolífico autor de novelas cortas eróticas. Era en política un enconado adversario de la República y abrazó con entusiasmo la sublevación del 36. La serie citada articula lo ocurrido en Madrid durante la guerra, que él pasó escondido en la clandestinidad y atribuyéndose un papel

activo y destacado en las actividades de información y desinformación de la quinta columna. Como en Fernández Arias su testimonio autobiográfico personal es uno de los ejes del testimonio, pero no el único, aunque su claridad de estilo y de escritura hace resaltar más esa parte autobiográfica del artefacto narrativo y propagandístico construido de forma tan prolija. El modo elegido es, una vez más, novelesco.

13. Un testimonio radiado y un poeta festivo

Por su origen y tipología textual, llaman la atención dos obras, que por otros motivos no presentan excesivo interés: una que procede de emisiones radiofónicas, uno de los principales medios propagandísticos durante la Guerra Civil; y otra que está escrita en forma de poemas festivos.

El libro de MANUEL DORDA (1939), titulado *Del Diario de un evadido de Madrid... en forma de charlas radiadas*, se divide en una «Autopresentación» y cinco «Charlas». El preliminar se fecha en agosto de 1937 y constituye una justificación de por qué escribe un libro alguien que no es un literato. Se retrata como «un evacuado de Madrid. Es decir, un hombre que, a pesar de haber ‘vivido’ nueve terribles meses en aquel infierno rojo, aún tiene ánimo para escribir», en este caso para satisfacer «vuestra curiosidad por conocer episodios de la tragedia de Madrid». Al llegar de la capital se sorprendió de no encontrar obras publicadas sobre lo que sucedía allí, y aunque había perdido su diario, trató de reconstruirlo en charlas recitadas por un locutor de Radio Ávila. Ahora pasan a libro. Es significativo cuál es el punto que Dorda cree tener que justificar al pasarlas a libro:

Hubo críticas amables que las encontraron algo «tímidas». Deseaban más relatos de crímenes y torturas. No faltó quien echara de menos algún episodio humorístico.

Trataremos de complacer a ambos, apelando de nuevo a nuestra memoria, no sin explicar que esa cortedad nuestra, como esa carencia de humorismo, se basa en nuestro propósito de ser absolutamente veraces, de relatar lo que personalmente hemos vivido (prólogo s. p.).

A esto siguen en el prólogo dos episodios de cada clase: el relato de cómo en la cárcel los milicianos echaron agua hirviendo en los pies a varios de sus propios compañeros por robar y el intercambio forzoso entre un

preso y un miliciano de sus chaquetas, que dio lugar a una imagen cómica por la diferencia de tallas.

El relato está escrito mediante entradas diarísticas fechadas, aunque no son las originales. El estilo es de poco vuelo, y tiende a ser muy narrativo y abreviado, con ocasionales caídas en el melodramatismo. Sigue sus propias peripecias: aunque no menciona por su nombre el lugar, fue uno de los detenidos en la gran redada hecha en el salón de lectura de la Biblioteca Nacional el 2-10-1936, donde se rumoreaba que la quinta columna mantenía reuniones; él solo declara estar leyendo un libro sobre catedrales góticas. Fue encerrado cinco días en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, en los que relata miedo e incomodidad, pero escasa materia. El 15-10 fue detenido otra vez en su casa y encarcelado hasta fin del año. Al ser liberado buscó refugio bajo protección diplomática. A pesar de lo que asegura en el prólogo, desde la tercera charla se refieren crímenes de enorme crueldad cometidos por los republicanos, todos ellos de oídas. Finalmente fue evacuado en una de las expediciones de las embajadas. Este libro no es de gran calidad ni funcionalidad: como artefacto propagandístico es de poca eficacia, como testimonio humano es casi siempre trivial y como obra literaria irrelevante.

El caso de AURELIO REDAL (1939), en su *Año y medio en las cárceles rojas. Madrid – Valencia – Gandía. Versos festivos*, es también peculiar. Lleva un prólogo fingido de Manuel Azaña, que dice haberse hecho elegir presidente de la República para, con su inviolabilidad, librarse de las sátiras del autor; se firma en «Kamhelwuski, Abril 2. Año del 'Ahuequen'». En efecto, Redal era un poeta satírico de derechas que escribía versos festivos con el seudónimo de «Luis de Tabique» en el semanario *Gracia y Justicia*, significado por sus durísimos ataques a Azaña. El libro es una autobiografía en verso compuesta por poemas fechados según el episodio que evocan. Como poeta, Tabique es nefasto: versos malos, ripiosos y arrítmicos, solo redimidos por cierta gracia ocasional. Empieza con «Dos palabras», donde asegura ser persona decente y honrada, pero que lleva dos años de peligros y vejaciones y que piensa aliviar sus penas con el humorismo. La primera pieza es «Mi detención» (13-9-1937). Al contrario que otros testimonios de la retaguardia, sus problemas comenzaron muy tarde, a fines del 37. El estilo del verso satírico impide concretar detalles. El poema del día siguiente, «Noche toledana», relata su primera noche detenido. Se le acu-

saba de quintacolumnista, aunque él sostiene que fue víctima de delaciones falsas. Estuvo en centros de detención de Madrid (Ministerios de Hacienda y de la Guerra) hasta ser evacuado a Valencia el 10-10-1937. El resto ocurre allí y en la cárcel de Gandía. El último poema corresponde a su puesta en libertad en Gandía el 17-2-1939. Es una obra original y pintoresca, pero lo plano del estilo y del autor no le confiere interés alguno.

14. Un caso aparte: Agustín de Figueroa

Quisiera concluir este recorrido con una llamativa excepción en la tónica general, que considero una pequeña joya perdida y una de las mejores obras en lo literario y en lo humano que he podido conocer entre las que produjo el conflicto civil. Me refiero a las memorias de AGUSTÍN DE FIGUEROA, un escritor pulcro, humorista y olvidado, hijo menor del conde de Romanones y aludido a menudo por su título nobiliario de marqués de Santo Floro. Nacido en 1903 y muerto en 1988, él mismo comentaba con sorna su encasillamiento en la vida social española explicando que había pasado de ser «el hijo de Romanones» a «el padre de Natalia», para acabar siendo «el suegro de Raphael»¹⁰. Eso en realidad no era sino la constatación de la desvaída huella que apenas si consiguió imprimir con su obra literaria, que consta de una docena larga de libros de géneros variados (novelas, cuentos, memorias, biografías y evocaciones de épocas pasadas a modo de «pequeña historia»), unas obras de teatro y una película que también dirigió en 1926. Además fue un colaborador periodístico habitual en los años anteriores a la guerra. Cabe destacar que esa carrera dispersa y no demasiado abultada se extiende de los años 20 a los 80, lo que da idea de una vocación constante, pero a la vez de una presencia difuminada. Su formación literaria fue muy francófila y en su juventud tuvo relaciones estrechas con escritores

¹⁰ La cita proviene de conversaciones con el autor citadas por Guillermo Gortázar en su necrología («Agustín de Figueroa y la sociedad española de la Restauración», *ABC*, Madrid, 8-6-1988, p. 89). Como algunos que lean este trabajo pueden ser académicos más adustos que quien lo firma, no considero ocioso aclarar que Natalia Figueroa, hija del autor, fue una persona muy popular de la vida social española en los años 60-70 del siglo XX, como escritora, traductora, periodista y presentadora de programas en TVE. En 1972 se casó con el afamado cantante Rafael Martos, «Raphael», y por esas fechas prácticamente abandonó su carrera profesional. Siempre ha sido una presencia constante en las revistas llamadas del corazón.

franceses, además de frecuentar los salones literarios y teatrales más selectos de Madrid¹¹. Su escritura suele ser humorística y evocadora, y aunque siempre agradaba no era considerada trascendente. En ese sentido la obra que aquí interesa es una excepción también en su propia trayectoria literaria, porque sin abandonar su estilo, lo lleva a otra hondura.

Las *Memorias del recluso Figueroa* (Figueroa, 1939) aparecieron a mediados de año, ya acabada la guerra, puesto que Melchor Fernández Almagro les dedicó una reseña a mediados de julio¹². Tiene una dedicatoria denominada «Ofrenda» a María Vicuña de Morla y Carlos Morla Lynch. En realidad, las «Memorias del recluso Figueroa» constituyen solo la primera sección del libro, la que narra su encarcelamiento en 1936 hasta finales de año, en que consiguió la libertad; siguen las «Notas de un refugiado» sobre su periodo asilado en una embajada, cuyo ambiente decadente y un tanto delirante describe con gran habilidad literaria; «Evasión» es el capítulo que le lleva de aquella embajada a un barco argentino para abandonar «la España soviética» (109); concluye con «Lo que es aquello», balance del Madrid de la guerra. Luego viene una extensa «Segunda parte» formada por dieciséis capítulos que narran, de forma independiente, episodios, impresiones o personajes de la guerra; son como pequeños relatos y semblanzas, se supone que reales.

Figueroa escribe en todo momento como si estuviera componiendo una novela, con recursos narrativos y discursivos propios de la ficción, aunque el *yo* que narra sea en esta ocasión un *yo* autobiográfico. Apenas hay fechas ni lugares, no hay detalles del exterior, solo momentos e impresiones directas, atemporales. Y además evita el lenguaje incendiario y el relato de horrores, y opta por una evocación lírica y sentimental de las emociones y personajes que habitaron su vida en esos años. El prólogo de Marquerie expresa bien esta característica al decir que «mejor que contar la historia grande y horrible ha preferido referir lo que él llama 'pequeñas tragedias'», aunque el prologuista advierte de que «trazar, o, mejor dicho, copiar, en bastas pinceladas y en gruesos chafarrinones, el cartelón del 'horroroso

¹¹ Véase al respecto la necrología de Gonzalo Anes, «Agustín de Figueroa, marqués de Santo Floro», *ABC* (Madrid), 23-5-1988, p. 38.

¹² M. Fernández Almagro, «Crítica y noticias de libros y revistas. «Memorias del recluso Figueroa», por Agustín de Figueroa», *ABC* (Madrid), 15-7-1939, p. 6.

crimen' [...] es la única representación posible y completa de la revolución roja» (15). El elemento más significativo en relación con la propaganda de guerra es precisamente el prólogo de Marquerie, que se dedica en exclusiva a justificar el estilo intimista del autor, dejando claro implícitamente que desentona en el rabioso mundo que les circunda. La citada reseña de Fernández Almagro va por el mismo camino, usando un vocabulario agresivo y sectario que no figura en el libro, y añadiendo las acostumbradas loas a «la espada justiciera del Caudillo». Es como si se quisiera añadirle una contundencia ideológica que se siente que falta y por eso llama la atención. Por lo demás, la parte literaria de este artículo es muy perspicaz y trata de enfatizar cómo un escritor menor, elegante y sensitivo, pero que había consagrado su pluma a mundanidades superficiales¹³, adquiere por esta experiencia una profundidad y calidad nuevas. Subraya la sección de relatos que cierra el volumen, donde se percibe la escuela naturalista de Maupassant, pero con sus durezas mitigadas por el humor.

Figueroa adopta con claridad el punto de vista de su bando, pero narra los desastres de la guerra a través de las emociones, de las descripciones de cosas y personas, sin apenas incidir en un lenguaje militante. De hecho en ocasiones se sitúa por completo fuera de los códigos propagandísticos en una expresa condena del odio que no distingue entre ambas Españas, aunque él no tenga dudas de cuál es la suya:

Con alguna frecuencia, al atardecer, voy a pasar un rato en el patio de los sacerdotes, que me ofrece una atmósfera distinta, toda recogimiento y serenidad.

Tal vez lo peor de la cárcel sea, para mí, este exceso de odio que respiro, esta ola de odio que me envuelve, sin invadirme. Odio en los rojos sin entraña; odio en la mayoría de los presos, sedientos de venganza.

Hay momentos en que yo me siento ávido, al contrario, de cordialidad, de amor y de perdón; y tienen una virtud de bálsamo las palabras

¹³ Una buena manera de apreciar el perfil público que tenía Figueroa en los años 20 y 30 es contemplar la fabulosa colección de una veintena de fotografías suyas que hizo el fotógrafo Lagos y que se pueden ver en la Biblioteca Digital Hispánica: un joven dandy elegante, frívolo y juguetón, muy en el espíritu de la juventud europea de los «locos años veinte», que lo mismo posaba vestido con atuendos extravagantes de la India que en batín o con elegante ropa de gala.

que pronuncia, con voz temblorosa y desapasionada, un sacerdote anciano, mientras su mano, cansada de ungir y de absolver, esboza un gesto de bendición:

—Es necesario que los españoles aprendan a amarse. El fuego no se apaga con fuego. El odio no se apaga con odio... (57).

Esta es la línea general de una obra atípica, generosa y comprensiva en la medida en que el contexto lo permitía. Y desde luego es un discurso completamente alejado de la propaganda enardecedora y de la pedagogía del odio que la acompaña. Hay un momento impresionante cuando un carcelero algo más abyecto que los demás, obliga a un demacrado y famélico Figueroa a salir de su celda para exhibirlo como un trofeo ante un grupo de milicianos: «vais a conocer lo más interesante de la cárcel: el hijo de Romanones» (61). Le someten a insultos como símbolo de la clase dirigente española que ha explotado a los pobres y Figueroa solo escribe que no sabe explicarles «que los comprendo, que los considero, por desgracia, humanos», que los comadece por su crueldad. «¿Cómo decirles, si jamás, jamás me creerán, que el dolor de los humildes ha ensombrecido siempre una existencia que ellos consideran hartamente colmada por un bienestar material?» (62).

Leyendo este libro uno saca la impresión de que la guerra ha terminado, cosa que resultaría difícil decir leyendo cosas que se escriben ochenta años después.

15. Bibliografía

15.1. Obras publicadas durante la guerra

- BERDIÓN, A. (1937): *Madrid en tinieblas. Siluetas de la revolución*, Salamanca, Imprenta Comercial Salmantina.
- CASARES SÁNCHEZ, F. (1937): *Argentina-España, 1936-1937. (Apuntes y recuerdos de un asilado en la embajada argentina de Madrid.) Edición ilustrada con doce acuarelas de B. Navarro reproducidas en citocromía*, Buenos Aires, Editorial Poblet.
- CLAVET, H. (seudónimo) (1937): *Madrid en sangre (10 meses de horror)*, Buenos Aires, Ediciones Clot.
- CUADRADO ALONSO, A. (1938): *Mis diez meses de Madrid rojo*, Melilla, Artes Gráficas Postal Exprés.
- DORDA, M. (1937): *Del Diario de un evadido de Madrid (del 18 de julio de*

- 1936 al 23 de marzo de 1937, en Madrid). En forma de charlas radiadas, Ávila, Imprenta Católica Sigirano Díaz.
- FERNÁNDEZ, M. L. y M. LETURIA (1939): *Catorce meses de aventuras bajo el dominio rojo*, Roma, Publicaciones A. C. I. (316 pp.), 2ª ed. (la primera es de diciembre de 1938).
- FERNÁNDEZ ARIAS, A. (1937): «El Duende de la Colegiata», *Madrid bajo «el terror»* (1936-1937). (*Impresiones de un evadido, que estuvo a punto de ser fusilado*), Zaragoza, Librería General.
- (1938): *La agonía de Madrid, 1936-1937*. (*Diario de un superviviente*), Zaragoza, Librería General.
- FONTERIZ, Luis de (seudónimo) (1937): *Seis meses bajo el terror rojo en Madrid*. (*Notas de un evadido*), Ávila, Tip. y Enc. de Senén Martín Díaz (165 pp.)¹⁴.
- FORONDA, Ana María de (1937): *Nueve meses con los rojos en Madrid*. *Vividos por Ana-María de Foronda*, pról. de Federico García Sanchiz, Ávila, Imprenta Católica Sigirano Díaz.
- GIL ORTEGA, I. (1938): *En las cárceles de la España roja, por el presbítero...*, pról. de Felipe Sassone [Santiago de Chile, Empresa Editora «España y Chile»].
- GUILLÉN TATO, J. F. («El Preso 831») (1937): *Del Madrid rojo. Últimos días de la cárcel Modelo*, prólogo de M. Siurot, Cádiz, Establecimiento Cerón.
- NÚÑEZ MATURANA, S. (1938): *La tragedia española (memorias incongruentes de un perseguido asilado)*, Buenos Aires, Ediciones Lux.
- MIQUELARANA Y REGUEIRO, J. («El Fugitivo») (1937): *Cómo fui ejecutado en Madrid*, Ávila, Imprenta Católica Sigirano Díaz (196 pp.), 2ª ed. el mismo año. Por error, en la portada el autor aparece como «J. Miguelarena», más el seudónimo.
- (1938): *El otro mundo*, Burgos, Ediciones Castilla (Imprenta Aldecoa) (206 pp.). Hubo ese mismo año reedición y traducción al francés. En una lista de obras que inicia el tomo este se subtitula *La vida en las embajadas de Madrid*, pero tal subtítulo no aparece en la portada ni cubierta del volumen.

¹⁴ Existe una versión inglesa: *Red terror in Madrid*, by Luis de Fonteriz. With a foreword by señor don Pedro de Zulueta, Londres, Longmans Green and Co. [1937] (xii + 99 pp.).

- PÉREZ FERRERO, M. (1938): *Drapeau de France. La vie des réfugiés dans les légations à Madrid. Avec une lettre du Dr. Gregorio Marañón...*; traduction de Marie-Madeleine Peignot, París, Sorlot (125 pp.).
- ROMERO-MARCHENT, J. («Alejandro de España») (1937): *Soy un fugitivo. (Historia de un evadido de Madrid)*, pról. de Francisco de Cossío, Valladolid, Librería Santarén (271 pp.).
- SANABRIA, F. (seudónimo) (1938): *Madrid bajo las hordas. (Vía dolorosa de la capital de España)*, Ávila, Editorial S.H.A.D.E. (282 pp.). 2ª ed. el mismo año.
- SPENCER, M. O. («Marola») (1938): *Prisionera del Soviet*, pról. de José María Pemán, San Sebastián, Editorial Española (191 pp.). El libro aparece firmado en todas partes por el nombre familiar de la autora: Marola.

15.2. Obras publicadas en 1939-1940

- CARRETERO NOVILLO, J. M. («El Caballero Audaz») (1939-1941): *La revolución de los patibularios. Segunda época de la colección «Al servicio del pueblo»*, Madrid, Ediciones Caballero Audaz. Serie formada por los siguientes volúmenes, con sucesivas reediciones de varios de ellos: *Declaración de guerra*; *El Cuartel de la Montaña*; *Nosotros los mártires*; *La Quinta Columna*; *La ciudad inmolada*; *¡Arriba los espectros!*; *Horas del Madrid rojo*.
- CORDONÉ, R. (1939): *Madrid bajo el marxismo. (Estampas)*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- CUESTA MORENO, T. (1939): *De la muerte a la vida. Veinte meses de una vida insignificante en el infierno rojo*, prólogo de Fr. Justo Pérez de Urbel. Interesantísimas «fotos» de Madrid, Barcelona y Chomeric, Burgos, Ediciones Rayfe, 2ª ed. el mismo año.
- FIGUEROA Y ALONSO MARTÍNEZ, A. de (Marqués de Santo Floro) (1939): *Memorias del recluso Figueroa*, pról. de Alfredo Marquerie, Zaragoza, Librería General (257 pp.).
- GARCÍA DE LA ROVERE, L. (seudónimo) (1940): *Destellos. Estampas de la retaguardia roja*, Segovia, Imprenta Artes Gráficas.
- HUIDOBRO PARDO, L. (1939): *Del Madrid rojo. Memorias de un finlandés, por Leopoldo Huidobro Pardo (abogado-fiscal de la Audiencia de Madrid)*, Madrid, Ediciones Españolas S. A.
- LÓPEZ DE MEDRANO, L. (1939): *986 días en el infierno*, Madrid [Asilo de

Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús] (340 pp.). Hubo al menos tres reediciones.

PORTES ALCALÁ, Á. («Daniel España») (1939): *Cárceles rojas. Memorias de un oficial de Prisiones sobre las cárceles y «checas» de Madrid*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.

REDAL, A. («Luis de Tabique») (1939): *Año y medio en las cárceles rojas. Madrid – Valencia – Gandía. Versos festivos*, [Madrid], Tip. Yagüés, año de la Victoria.

SPINOLA DE GIRONZA, A. (1940): *¡Dios, sobre todo...! Narración de lo sufrido en treinta y dos meses en manos de los rojos... y condenada a muerte... (Impresiones..., soliloquios..., oraciones y semblanzas carcelarias)*, prefacio de Á. Alcázar de Velasco, Madrid, Ediciones Ritmo (173 pp.).

15.3. Otras obras coetáneas citadas

CASARES SÁNCHEZ, F. (1940): *La ciudad del humor y de la muerte. (Confecciones póstumas de un capitán de milicias)*, Barcelona, Juventud. La fecha se toma de los catálogos bibliotecarios.

CÓRCEGA (1939): *¡Ay mi Madrid! 80 fotografía de Madrid bajo el dominio rojo. Por «Córcega»*. Prólogo de José Juan Cadenas, Cegama (Guipúzcoa), MP. E. Giménez.

MILLÁN-ASTRAY TERREROS, P. (1940): *Cautivas: 32 meses en las prisiones rojas*, Madrid, Saturnino Calleja.